

# LIBRO DE LA DERROTA



**María Elena Hernández Caballero** (La Habana, 1967). Ha publicado *El oscuro navegante*, (Ed. Matanzas, Cuba, 1987); *Donde se dice que el mundo es una esfera que Dios hace bailar sobre un pingüino ebrio*, con el que obtuvo el Premio David de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1989; *Elogio de la sal* (Ed. Cuarto Propio, Chile, 1996); *Electroshock-palabras* (Ed. La Bohemia, Argentina, 2001); *La rama se parte* (Ed. Torremozas, Madrid, 2013) y la novela *Libro de la derrota* (Azud Ed., Argentina, 2010). Poemas suyos aparecen incluidos en antologías sobre poesía cubana actual, como *Retrato de Grupo* (Letras Cubanas, Cuba); *Un grupo avanza silencioso* (UNAM, México); *Álbum de 26 Poetisas Cubanas del siglo XX* (Letras Cubanas); *El pasado del cielo* (Bogotá, Colombia); *Catedral Sumergida* (Letras Cubanas); *Otra Cuba Secreta* (E. Verbum, Madrid, España); entre otras. Colabora asiduamente con diarios y revistas literarias latinoamericanas, españolas y de Estados Unidos. Fue cofundadora de la Editorial Las Dos Fridas. Actualmente fijó residencia en Houston, Texas.

María Elena Hernández Caballero

# LIBRO DE LA DERROTA



De la primera edición, 2010

© Azud Ediciones

De la presente edición, 2015:

© María Elena Hernández Caballero

© Hypermedia Ediciones

Hypermedia Servicios Editoriales S.L.  
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid  
Tel: +34 91 220 3472  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición: Gelsys M. García Lorenzo

Diseño de colección y portada: Hypermedia Ediciones

ISBN: 978-1511970754

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Si la fuerza es contagiosa, la debilidad no lo es menos: tiene sus atractivos, no es fácil resistírsele. Cuando los débiles son legión, os encantan, os aplastan: ¿cómo luchar contra un continente de abúlicos? Dado que el mal de la voluntad es además agradable, uno se entrega a él gustoso. Nada más dulce que arrastrarse al margen de los acontecimientos. (...)*

*No se abdica de un día para otro: es precisa una atmósfera de retroceso cuidadosamente fomentada, una leyenda de derrota.*

E. M. Cioran

## VALENTINA, VALENTINA, PRIMAVERA Y CORAZÓN

Valentina Morera tenía una teoría del destino para hombres fracasados. Quizá por eso, a pesar de la rigurosa educación marxista con que la atormentó desde la cuna su padre, no podía considerarse lisa y llanamente comunista. Menos aún: atea. Según su teoría, el destino quiso que naciera en un pequeño país. Peor: una isla. El milagro, la trascendencia, o la insignificancia de esta suerte, solo podían explicarse a partir de una sucesión de hechos aislados y anómalos. Así como toda gran nación tiene su leyenda de victorias y de derrotas, los pequeños pueblos perseveran en el fracaso. Construyen, anémicos por herencia, su pequeña leyenda de derrota.

Cuando Valentina Morera nació el paraíso no estaba en el cielo, sino en otra parte muy concreta y distante: en Rusia. El infierno también estaba ubicable, en dirección al norte, a solo noventa millas. Con infierno y paraíso ubicados en el mapa murieron también las cortes de ángeles y de demonios. Todo estaba en su sitio. Todo tenía una explicación, un aquí y ahora.

A los tres años sabía las semejanzas y las diferencias entre la tundra y la taigá; dónde se originaban y morían los vientos; por qué se producían los huracanes. Tenía especial habilidad para las matemáticas, para armar el cubo de Rubik. Conocía, de tanto analizarlas, la vida de las hormigas.

A los cinco años podía hablar ruso sin dificultad. Realizaba largos comentarios acerca de la teoría de la evolución de las especies, de los últimos experimentos científicos. De los perros Laika, Belka y Strelka, los primeros seres vivos en llegar al espacio.

Más tarde, en el colegio, asombraba a todos con sus conocimientos de astronomía. Explicaba con detalles los periplos de todas las Sputnikz, de todas las Vostok. Podía ubicar con precisión la estrella Polar, la constelación de La Osa Mayor. Sabía, y esto le producía gran satisfacción, que

el espacio era infinito, que existían otras galaxias y que el hombre pronto llegaría a Marte.

Hasta su nacimiento, ocurrido el 16 de Junio de 1963, era un presagio de la rara estrella con que había venido al mundo: mientras el globo terráqueo quedaba asombrado ante las pantallas de televisión, viendo cómo una mujer desde el cosmódromo de Baikonour tripulaba la astronave Vostok IV; Leonor Domínguez, su madre, con dolores de parto, era conducida por su esposo Carlos Morera, con urgencia a la clínica.

Valentina Terechkova aterrizó según la forma clásica de los astronautas soviéticos, desprendiéndose la esfera habitáculo de la astronave, una vez efectuada la entrada en la atmósfera y descendiendo sobre la tierra firme suspendida de un paracaídas. Valentina Morera aterrizó también según la forma clásica de casi todos los mortales: de cabeza. Lo primero que hizo fue pegar un grito con una órbita inicial de cinco kilómetros a la redonda.

Las enfermeras corrían de un lado a otro preocupadas. Carlos Morera reía y lloraba. En contra de lo acordado con su esposa bautizó:

—Se llamará Valentina.

Con lo que le restaba de fuerzas Leonor Domínguez se incorporó en la cama:

—Me cago en Dios, en Marx y en todos los santos.

Fueron las palabras de protesta y las últimas que pronunció su madre.

## DOCE

Numerología, misticismo, o cábala. El número doce era para Valentina Morera el sinónimo de algo demasiado perfecto, demasiado rebuscado para ser el número de la suerte. Le parecía más bien el número del desamparo. ¿Qué hacer con doce cuchillos? ¿Doce tenedores? ¿Doce sillas? Nunca habían llegado a doce sus amigos. Ni sus parientes, apenas los había podido contar siempre con los dedos de una mano. Ni siquiera se enteró cuando cumplió los doce años. Con el doce le sucedía que no llegaba o se pasaba. Un poco más, o un poco menos. Pero nunca doce. Su historia personal distaba mucho de las extravagancias dignas de una parábola. Solo para ellos, para personajes y sucesos históricos dignos de una parábola estaba reservado este número. Y aunque los antecedentes históricos que poseía acerca del doce no le indicaban que se hubieran producido gracias a las múltiples conjugaciones de este número grandes masacres, ni incendios, ni terremotos, ni desgracias concretas a lo largo de la historia, igual le atribuía desgracias de carácter subjetivo.

Más claramente: lo que muchos consideraban grandes avances de la humanidad para Valentina Morera eran retrocesos. Ir contra la corriente era su estilo de vida. Bien lo sabía, no se podía vivir contracorriente con el doce como número de suerte. No se podía ir con el flujo cuando lo que se deseaba era el reflujo. Por esta razón, quizá casi de modo inconsciente, si veía que le tocaba sentarse en el cine en la butaca número doce, se corría un poco más acá, o un poco más allá. Pero nunca en el centro. Es decir, nunca en el doce. Interponía entre ella y el número un sistema de valores propio, inquebrantable. Allí residía su ética. Por alguna razón las personas tocadas por el doce no podían ser de ninguna manera sus amigos. Y huía de ellas espantada como de la peste. Se preguntaba qué clase de mundo



habían construido los asirios, hebreos, chinos, indios, dogones, griegos y egipcios, a partir del número doce. ¿Por qué todos lo habían elegido para las divisiones espacio—temporales? La Cúpula Celeste se dividía en doce signos zodiacales. El año en doce meses. Los apóstoles de Jesús eran doce. Las tribus de Israel doce. Doce las piedras que dividieron las aguas del Jordán. Y para muchos pueblos los períodos de tiempo se repartían y reparten en grupos de doce años. ¿Cómo habrá llegado el doce a los romanos?, se preguntaba, ¿a quién se lo habían robado? ¿Y a los etruscos? ¿Cómo había llegado a los etruscos? ¿Sería cierto que Rómulo había empleado el doce durante las ceremonias celebradas con motivo del nacimiento de Roma? ¿Por qué en sus ciudades, para que estas fueran perfectas, tenían que contar con tres puertas, tres grandes avenidas, tres plazas y tres templos?  $(4 \times 3 = 12)$ ?

¿Y Pitágoras?, perfecto conocedor de los números, ¿por qué había tomado precisamente el dodecaedro regular como la Imagen del Cosmos?

Doce también eran los pichones de paloma que encontró Valentina Morera dentro de la cesta. Doce pichones recién nacidos apuntaban los diminutos picos hacia ella demandantes.

Cuando salió a reclamar, ya el experimentado colombófilo había desaparecido. Dudó un instante. No sabía si dejarlos en la calle o ahogarlos. Recordó entonces que días atrás, cuando había pagado anticipadamente por la cría, no dejó claro el sexo ni cuántos pichones quería.

Ya estaban instaladas ahí. No tenía ningún derecho de reclamar.

## LA CRÍA

### I

Aunque a veces a ella misma le pareciera absurdo, Valentina Morera no subía todas las mañanas, a primerísima hora, a la azotea porque sí. Tampoco era un hobby. No lo hacía por aburrimiento, ni porque le pareciera hermoso el arte de amaestrar palomas. Menos aún porque creyera que las palomas eran el símbolo de la paz. Sabía que amaestrar palomas era un arte además de difícil, inútil. Además de inútil, sucio. Además de sucio, raro. Y por raro, peligroso.

Las palomas cagaban y piaban todo el santo día a su antojo. Valentina tenía que esforzarse en vivir, casi se diría sobrevivir, entre la mierda y el ruido.

Otro gran inconveniente eran los horarios que se había impuesto y que debía respetar. ¿Cómo enseñar la obediencia si ella misma no era estricta? Tenía que imponerles un régimen militar. Desde el principio había que mostrarse rigurosa en la disciplina para que no tomaran malas costumbres, difíciles de corregir. Valentina sabía que la ley debía cumplirse siempre. El buen equipo debía conducirse bajo sus órdenes. De ninguna manera debía ella estar sujeta a los deseos de las palomas. Sabía también que si perdía el control estaba acabada.

Lo que hacía que Valentina se tomara todas estas molestias tenía una causa. Una causa largamente amasada. Largamente pensada. Largamente calculada paso por paso. Centímetro por centímetro. Era la historia de una venganza. La historia de un odio. De un odio, si esto fuera posible, visceral.

Odiaba desde que tenía conciencia. Y ese odio fue llevando a otro. Y ese otro a otro. Y ese otro a otro. Y ese otro a otro. El odio

era la causa cuyo efecto soñaba Valentina cumplir como había aprendido rigurosamente desde niña: «Toda causa tiene su efecto», «Y todo efecto...» Aquel juego de palabras, más que una ley, era un lema. Una verdad.

Pero ahora, mientras avanzaba distraída por la azotea, no pensaba en su venganza ni en nada. Solo en el tiempo y en Celia, su nueva amiga.

En cuanto Celia descubrió que Valentina se acercaba, sacó la pata izquierda y la adelantó torpemente por encima de las otras palomas. Se sabía la preferida. Y, siempre que la veía acercarse, hacía este movimiento que las otras interpretaban como una reverencia. Parecía dispuesta a decir: ya estoy lista.

Cuando Celia la tocó con su pata, Valentina volvió en sí.

Entonces se agachó. Metió, con mucho cuidado, una mano por entre las patas y el plumaje caliente de Celia.

La paloma se acomodó sobre su mano como una gallina a punto de empollar.

Agradecida Celia arrulló: la sesión había comenzado.

## II

A los veintiún días las doce pichonas sanas, bien criadas, ya estaban en condiciones de ser separadas de sus padres y de comenzar su vida individual.

Desde esta edad, o un poco antes, ya las sacaba todos los días a la plataforma de la terraza o las encaramaba en el techo del palomar para que iniciaran los primeros reconocimientos de los alrededores. En pocos días empezaron las más atrevidas a ensayar pequeños ascensos que irían aumentando día por día. Revoloteaban un tiempo prudencial libremente. Esto les daba firmeza en los movimientos de vuelo y hacía que tomaran confianza en sí mismas.

Cuando el tiempo era fresco y claro, Valentina les permitía aumentar su permanencia en el aire en una hora o más. Tiempo que solo una, la roja, la más avispada, se tomaba. Valentina enfurecía: ¿Por qué solo una?

¿La roja? Roja tenía que ser. Roja como la sangre derramada. Como el alma rusa. Como su boina de pionera. Como los ojos incendiados de cólera de su padre. Como algunos domingos. Como el atardecer en soledad en la playa. Como la caperucita del cuento. Como el triángulo de la bandera. Como la carne. Como los relámpagos. Como el Sagrado corazón de Jesús. Roja como la Plaza Roja. Como la oreja de Van Gogh. Como las pieles rojas y los indios caribes. Como el parche en el ojo de Sir Francis Drake. Roja como el fuego uterino de Catalina La Grande. Como el agua turbia. Roja

como la rosa roja. Como los labios pintados por fuera de una vecina. Como los dientes de un vampiro. Como la cabeza cortada de Julián Sorel y las manos incendiadas de Juana de Arco. Como los tristes pañuelos bordados por su madre. Aquí temblaba Valentina. Oprobio, oprobio, repetía. Y maldecía nuevamente una y mil veces el color rojo.

¿Acaso no les daba de comer por igual? ¿No tenía idénticos cuidados con todas? No podía, ni quería entender que las palomas no quisieran permanecer en el aire. Que no quisieran volar le parecía ilógico, absurdo. Una gran burla del destino. El destino le jugaba como de costumbre una mala pasada. Más de una vez se preguntó si los padres de estas desgraciadas estarían enfermos, o débiles. O deprimidos. Y por eso la cría había salido así, irresponsable y vaga. Otras veces quería llorar de impotencia y de rabia. Y gritaba:

—Inútiles, no están aquí de vacaciones.

Pidió consejo al experimentado colombófilo que solo le recomendó este principio inalterable: dos o más días de hambre reducen al más empecinado. El racionamiento es la base del adiestramiento de los animales. Si algún pichón persiste en su mala costumbre de no volar y prefiere vagabundear por la azotea, no pierda tiempo con él, elimínelo y evite un mal ejemplo. Y agregó: recuerda que para algo se inventó la guillotina.

Vaya criminal, pensó Valentina. Y agregó al experimentado colombófilo, a la guillotina y a Monseñor Guillotín a su largo listado de repudio del color rojo.

Treinta años había experimentado este principio en carne propia. Treinta años recién cumplidos con un régimen alimenticio digno del más devoto de los ascetas, permitieron que Valentina Morera pensara: si permito que las palomas tengan régimen monástico, tendré que soportar que también aspiren a la santidad. ¿Qué sería entonces de nosotros, los verdaderos santos?

### III

Justo cuando cumplió el tercer mes de vida Celia tiró la tercera pluma remera. Comenzaron entonces los entrenamientos de vuelo de regreso al hogar. Empezó por distancias muy cortas. Volaba cuatro o cinco kilómetros diarios hasta que Valentina la llamaba con un pito, la hacía entrar en el palomar y luego le daba de comer.

En la quinta suelta llegó a ocho kilómetros. En la sexta a diez, y así sucesivamente.

Ya en las primeras clases Celia comprendió que todas las especies emprenden desde que nacen una carrera feroz por la vida y que solo los más

aptos sobreviven. Ella debía prepararse. Intuía que le esperaba una difícil misión y que del éxito de esta dependía su vida. Además para preocuparse y pensar por ella estaba Valentina. Solo tenía que volar y volar como quería su ama. Por eso desde el primer día se tomó el adiestramiento muy en serio.

Las otras once holgazanas no. Caían desplomadas al menor esfuerzo. Celia, al verlas, se preguntaba si el doce en verdad era un número mágico. ¿Por qué doce si con ella bastaba? ¿Se mantenían las doce por una cuestión puramente aritmética? ¿Por cábala?

Otras veces sentía vergüenza ajena cuando sus hermanas, si así les podía llamar, pasaban días enteros dándose baños de sol, o paseándose por la azotea, o buscando algún macho con bellas plumas por los alrededores. Están vivas por misericordia, se consolaba Celia, porque para algunos, Dios existe.

Caía entonces en pequeñas crisis depresivas. Y ponía en duda la teoría de selección de las especies. Quizá todo era más simple, pensaba. Quizá fueran el ocio y la lujuria los mejores métodos para sobrellevar la vida. Otras veces se planteaba la posibilidad de practicar alguna religión que no fuera tan gregaria, o que de un solo golpe excluyera los grupos. El budismo, por ejemplo. La ciencia y el ateísmo, pensaba abatida, solo servían para embrollarlo todo.

Estos raptos de duda eran eliminados luego con succulentas porciones de arroz. La atención privilegiada que le otorgaba Valentina le hacía arrepentirse una y otra vez. Cargaba entonces, por unos días, con algunos complejos de culpa. No era lo suficientemente responsable. No era merecedora de tanta confianza puesta en ella. Y se atormentaba con otros razonamientos por el estilo.

Después de este proceso, de esta revolución interna, era cuando mejor y más alto volaba Celia. Se iba lejos, muy lejos de la vista de todos.

Allá en las alturas se sentía de regreso al huevo, al embrión materno, en armonía con el universo y consigo misma.

## Dios

### I

Toda puerta tiene su llave y si no tiene su llave tendrá su ganzúa, pensaba Valentina el día que decidió abrir la caja de madera que Carlos Morera guardaba debajo de la cama. Allí estaba el infierno: debajo de la cama de su padre.

Las tapas duras, de un rojo intenso, protegían las mil delicadas hojas de cebolla. Tomó de la cabecera el otro libro, rojo también, y los colocó uno encima del otro. El libro rojo contra el otro libro rojo. Rojo contra rojo.

Sabía que la mayoría de los hombres buscaban la verdad en uno de esos libros. Uno era falso y el otro verdadero. Uno era científico y el otro no. Uno era liberador y el otro mutilador.

Sin embargo, uno de los dos libros tenía para la niña un misterio fascinante: era el único libro que le estaba prohibido leer.

El libro prohibido actuó en su imaginación como una puerta cerrada de la cual se habían extraviado todas las llaves. Era un misterio al que podría acceder solo de adulta. Y ni siquiera todos los adultos podían. Su padre sí, porque había estudiado filosofía y era un conocido militante comunista. El partido confiaba en él. Pero en ella, ¿quién confiaría? Nadie, ni su padre. Tal vez su madre, pero estaba muerta. ¿Había sido comunista su madre? Todos decían que no. ¿Había leído la Biblia? ¿Todos los marxistas conocían la Biblia? ¿Qué pasaba si alguien inseguro como ella la leía? ¿En qué se convertía? ¿Cómo podía un libro envilecer a alguien? ¿Por qué una gran parte del mundo creía en Dios y otra gran parte en Carlos Marx?

Su padre le había dicho en una ocasión: a pesar de estar muy bien escrito, todo en ese libro es basura, obra vulgar de la imaginación. No hay

nada tangible, nada comprobable, una historia de hadas. ¿Era entonces una gran novela para adictos? ¿Para idiotas? ¿Para poseídos mentales? ¿Cómo les llegaba la fe? ¿Y por qué, si ya la tenían, pasaban hambre? ¿Por qué no le hablaban de Dios en el colegio?

Conocía todas las pestes que habían sacudido al mundo. Recordaba el rostro de todos los malvados. ¿Por qué de esta peste no se hablaba? ¿Por miedo? ¿De qué? ¿Podía alguien, si es que a Dios podía llamársele así, ser peor que Calígula, que Hitler, que Nerón, que Napoleón Bonaparte?

Y las iglesias, ¿para qué tantas? ¿Qué se ocultaba en aquellos lujosos nidos de poseos? ¿Las iglesias serían para los creyentes algo así como la sede del Partido Comunista? ¿El cura, después de todo, era un funcionario? ¿Cómo se recibía la ostia? ¿Era como fumarse un habano? El habano y la ostia. ¿Serían estos los únicos instantes donde los hombres se detenían a pensar? ¿Existió verdaderamente Cristo? Dios seguía siendo el gran misterio y la gran tentación para Valentina que tenía ahora, por primera vez, a los doce años, entre sus manos el famoso libro.

Abrió en dos, con cuidado. Apuntó con el dedo al azar y leyó: terror, foso y red sobre ti, oh morador de la tierra.

Valentina se estremeció. ¿Terror, foso y red? ¿No eran estas palabras el retrato de la vida de su madre? Los vecinos decían que había sufrido mucho. Toda su familia había sido políticamente incompatible con el momento histórico. Por eso se habían marchado del país, abandonándola.

Era del conocimiento del vecindario que Leonor Domínguez, al verse sola, había comenzado a frecuentar la iglesia y a rodearse de gente sospechosa. Por suerte, comentaban, llegó Carlos Morera, un ateo hecho y derecho, y la redimió a los ojos de la gente. Pero no a los suyos propios.

En pocos años Carlos Morera le había quitado lo más preciado que poseía Leonor Domínguez: la juventud, la fe y la vida. Terror, foso y red. Juventud, fe y vida.

De pronto escuchó la llave girar en la cerradura. En pocos segundos su padre ya estaba delante. Valentina, aterrorizada, dejó caer la Biblia.

—¿Qué haces en mi cuarto? —preguntó Carlos Morera.

A pesar del pánico no podía mentir.

—Nada, Carlo, leía.

—Dame eso.

—¿Por qué?

—Porque sí —Carlos Morera la agarró suavemente del brazo—. Todavía no, hija.

—Carlo, cuando eras niño, ¿creíste en Dios?

Mientras recogía el libro del piso la miró con ternura.

—¿Y por qué habría de creer? Dios es un invento, el peor invento de Da Vinci.

—¿De Da Vinci, Carlo?

## II

Tenía Valentina veintisiete años cuando esperó que su padre saliera a trabajar, para volver, como era su costumbre durante todos esos años, a la Biblia. Tomó nuevamente el libro. Lo abrió como siempre: al azar. No sabía por qué lo abría de esa manera inusual en ella que había aprendido a leer rigurosamente cuanto libro cayera en sus manos de inicio a fin, sin saltar una página.

La Biblia se había convertido en su oráculo. Formulaba preguntas que eran respondidas, a través de los siglos, por un dios que encontraba dictatorial, por extraños apóstoles y por estafalarios profetas.

Pero hay que decirlo: raras veces acudía en su ayuda Jesús. Por más que se esforzara en preguntarle, el dedo azarosamente caía en partes donde Jesús todavía no había entrado, o donde ya se había ido. Entonces, casi sin proponérselo, empezó a tener antipatía por este hombre que había predicado el amor al prójimo. A ella el prójimo no le interesaba. Gozaba, en cambio, con los antiguos profetas. Ellos sí que comían, bebían y fornicaban sin falsas leyes ni prejuicios. Se imaginaba a Carlos Marx como un doble de Moisés: ¿La reencarnación quizá? Le gustaba aquella idea absurda que no se atrevía a comentar con nadie, pero que la hacía reír en soledad.

La pregunta que tenía ahora preparada estaba relacionada con la totalidad de su vida, y no con algo superficial o específico. Cerró los ojos y preguntó: ¿qué hacer con mi vida, Dios mío?

Abrió en dos, de un tirón. Apuntó con el dedo. Y leyó: terror, foso y red sobre ti. Se puso lívida. Las manos le temblaban. Trató de tomar aire antes de repetir la frase en voz baja. Tenía que familiarizarse con ella.

Era la única manera de restarle importancia a un destino trágico. Solo debía repetir la frase infinitamente como un mantra. O como un rezo. Quizá había encontrado su propia manera de rezar. ¿Y si rezar era solo eso: algo que a fuerza de repetirse perdía su propia fuerza y adquiría otra fuerza nueva, desconocida? Quizá algo debía morir para que algo nuevo naciera. ¿Era esto la fe? ¿Podría ahora escuchar los mensajes de Dios?

Uno —se decía por ese entonces— no puede andar así por la vida, a tontas y a locas como un marciano.



A los veintisiete años, en contra de los pronósticos hechos por su padre y por todas sus maestras, no había logrado concretar nada. La relación con Carlos Morera empeoraba. El padre le exigía buscar un trabajo cualquiera.

—No pienso mantener a una vaga toda la vida —le decía siempre que encontraba ocasión.

—Con echarme tienes, Carlo —respondía ella.

Sabía que aunque esto no ocurriría, tendría que tomar una decisión. La convivencia se hacía intolerable para ambos. Otras veces Carlos Morera le reprochaba:

—Te sobra nombre.

Valentina enfurecía.

—¿Qué esperabas, que fuera la primera mujer en ir a Marte?

—Esto tiene la culpa, te embruteció —gritaba él con la Biblia en la mano—. Como a tu maldita madre.

—A mi maldita madre la dejas tranquila.

Y entonces, invariablemente, caía el grito como un relámpago:

—¡Me cago en Dios y también en tu madre!

Valentina, loca de furia, cerraba de un portazo su habitación. No debía apresurarse. En cualquier momento, cuando menos lo esperara, la respuesta llegaría y ella sabría qué hacer con su vida y con su padre.

### III

La respuesta llegó una mañana temprano con la repentina muerte de Carlos Morera. Infarto, dijeron los médicos. Infarto era una palabra familiar para ella que había nacido con uno. ¿Moriría también de uno? Valentina lamentó que la tan ansiada tranquilidad hubiera llegado de esta manera inesperada. Pero no sintió culpa. Más bien se sintió aliviada. Y más exactamente: liberada.

Sin padre que la atormentara podía, a los treinta años, tomar las riendas de su destino. Mi destino es mío, se dijo con firmeza. Ese mismo día decidió abandonar los oráculos de la Biblia, y por qué no también El Capital. Quemó en silencio ambos libros como si con ellos quemara los fantasmas de su madre y de su padre. Lloraba. Pero era un llanto placentero, purificador.

Mi destino es mío, repetía. Sabía que había un destino particular y uno común a todos. El que más la aterrorizaba era el destino colectivo porque era incontrolable, impredecible. Aún en este país donde todo está controlado y todos son predecibles, pensaba, podría ocurrir el milagro. Ella no

creía en los milagros, pero sí en los movimientos ocultos, subterráneos. Llegaban un día, como la muerte de su padre había llegado, y lo cambiaban todo. Rompían los moldes establecidos.

Creía en la existencia de un molde para hombres pequeños, fracasados, como era obvio a su alrededor. Y para demostrarlo hizo un listado de todas las personas más o menos cercanas y no encontró una digna de ser admirada, de ser seguida. Algunos conocidos con mucho talento, en el ocaso ya de sus vidas, no habían logrado cumplir ni sus sueños mínimos.

La primera en la lista era su madre; y el segundo, su padre: dos fracasados.

Por mucho que ella forzara el destino individual, ahí estaba el destino colectivo como un fantasma. Fatalidad. Derrota. Miseria. Estúpido optimismo. La revolución había sido una droga fuerte que idiotizaba, robotizaba, uniformaba. ¿Adónde iba esta masa ciega, dando tropezones unos contra otros, vociferando consignas inexplicables, absurdas? ¿Eran autómatas? ¿Autistas? ¿Qué mecanismo diabólico era este?

Había resuelto, con la muerte de Carlos Morera, vivir del aire. Del aire y de unos ahorros que él había dejado. El tiempo y los sucesos dirían la última palabra.

## MOSCA BLANCA

### I

Así le llamaban en todo el vecindario sus enemigos que eran muchos y muy variados. Mosca Blanca cumplía una función inevitable, renovadora.

Lo de mosca estaba relacionado directamente con esta función: regulaba la población demográfica de la zona. Si él entendía que alguien debía mudarse, le hacía la revolución con sus zumbidos. ¿Qué tanta pelea a sangre fría?, pensaba. ¿Qué gritos, ni cachetadas, ni nada? La revolución tenía que hacerse con la boca. Y la mosca se la pasaba vigilando y buchoneando en la estación de policía más cercana, donde muchos aseguraban que debía tener una oficina, la intimidad de todos.

Los vecinos ocupaban su tiempo, que era mucho. Desde la jubilación había quedado en total desamparo. Antes invertía toda su energía en el trabajo. Tenía muchas medallas, ganadas a través de los años con esfuerzo ejemplar. Había sido toda su vida director del Registro Civil. Todo el que nacía por la zona debía ser anotado en dicho registro. Y todo el que moría debía ser dado de baja. Solo después de pasar por el registro accedían o dejaban la categoría de ciudadano. Los ciudadanos eran su obsesión. Una vez que accedían a dicha categoría no los dejaría tranquilos hasta que la abandonaran. Cada vez que ganaba una medalla, los ciudadanos temían.

No se conocía con exactitud el parámetro a seguir. ¿Ganaba medallas en la medida en que aumentaban los ciudadanos, o en la medida en que disminuían? Ajeno a estos comentarios, Mosca Blanca elegía cuidadosamente la ocasión en que debía lucirlas, provocando a su alrededor un hondo silencio. Las medallas eran sus compañeras, sus cómplices absolutas. Regularmente

les hablaba, las limpiaba, les sacaba brillo. Asistía a cuanta reunión convocaba el vecindario con todas sus medallas agarradas del pecho. Y si no había motivo para una reunión se lo inventaba y los convocaba a todos. Tampoco era explicable cómo Mosca Blanca seguía ganando medallas si ya estaba jubilado.

Pero hubo una medalla que él no pudo ganar. Y día a día guardaba en secreto el hecho injusto y fortuito que le había amargado la vida. Una vez había estado muy cerca de ser condecorado por el mismísimo Comandante. En la zafra del año setenta, cuando todo el país se había movilizado para cortar caña; Mosca Blanca había cortado más caña de azúcar que nadie. Estaba feliz porque conocería al Comandante. Pero el Comandante no tuvo el honor de conocerlo porque en su lugar conoció a una viuda.

El azar quiso que un compañero suyo, de su misma división, muriera mientras cortaba caña a su lado. Mosca Blanca abandonó su tarea y lo llevó al hospital. Entonces el partido decidió que no debía ser él el elegido para subir a la tribuna, en plena «Plaza», delante de miles y miles de compatriotas. No sería suyo el orgullo de estrechar hasta reventar la mano del Comandante. Su asiento quedó reservado para la viuda del muerto que subió las escaleras feliz. Ella recibió el altísimo honor con los ojos llenos de lágrimas.

El país entero vivió pendiente de la viuda durante algunas semanas. Los diarios la trataban de heroína y en los noticieros la comparaban con Mariana Grajales, la madre más famosa de la historia del país, la que más hijos le entregara desinteresadamente a la patria. La viuda fue aplaudida por la valentía con que había entregado a «su hombre».

Esa tarde Mosca Blanca se había escurrido por entre la multitud de la plaza. Con los días fue perdiendo el apetito y las ganas de vivir. Y hasta le había salido la úlcera, que con el tiempo, los ciudadanos se encargarían de agrandar y que ahora lo atormentaba.

El calor blanco, que tanto le adjudicaban, era referencia exclusiva a su apariencia física: era albino. Y, como ocurre solo a estos extraños seres, estaba escaso de pigmentación. Mosca Blanca tenía un gran temor: la luz. Por eso usaba gafas oscuras que resaltaban aún más su piel manchada y lechosa.

Nadie preguntó nunca el origen de tan ingeniosa idea, pero había un secreto consenso en el trato. ¡Jesús, una mosca!, decían algunos al verlo pasar. La mosquita muerta primero, decían otros que preferían esperar a que Mosca Blanca pasara, para continuar ellos su camino.

Era frecuente en el vecindario, a la hora del almuerzo, que alguien se excusara para no continuar su comida exclamando: ¡Hay una mosca en mi sopa! Otros, los más intolerantes admitían: No me gusta el blanco para nada.

Pero el más usado, cruel y lapidario de todos era: en boca cerrada no entran moscas.

A eso aprendieron los ciudadanos de Carragua: a cerrar la boca. Sobre todo al anochecer, hora en que las pasiones se desatan y suelen salir de sus casas como tocados por los astros, los albinos.

## II

Hacia años, antes incluso de la jubilación, que Mosca Blanca no tenía una erección. Menos, una eyaculación. Menos, una satisfacción. Sus pequeñas satisfacciones eran solo de carácter ideológico. El médico pensaba que el ser tan ideológico era psicológico. Y recetó: no más reuniones, ni medallas, ni marchas. Mosca Blanca descolgó una por una las medallas, y salió de compras un domingo por la plaza de La Catedral. Necesitaba distraerse para no pensar en los ciudadanos ¿Tendría razón el médico? Hay que experimentar, hay que experimentar, se dijo, voy a hacer un cambio.

—Vouyere —sentenció un negro en su oreja—, vouyere.

A Mosca Blanca le agradó esta palabra. Preguntó el significado. El negro respondió que venía del francés y señaló los binoculares que le colgaban del cuello. Mosca Blanca entendió que eran para ver y no como había pensado en un principio, podría ser el nombre científico de la palabra bollo. Creía que todas las palabras tenían un nombre científico. Incluso perro, gato y mesa debían tener otro nombre desconocido para él. Si *hipocampus erectus* era, como había descubierto un día, un simple caballito de mar, entonces vouyere sería bollo.

—Vouyere —repitió el negro.

Pagó sin discutir lo que el negro pedía por los binoculares y regresó a casa inquieto y alegre como un niño. Así que vouyere significa ver y no bollo, se reía. Lo que es no saber, se reía. Ver y no bollo, se reía.

Lo primero que hizo fue limpiar el escritorio del cuarto y ubicar allí, debajo de la ventana, los hermosos y potentes lentes erectos. Bien, muy bien, justo en dirección oeste, pensaba. En esta dirección se encontraban ubicados los apartamentos de muchos vecinos que él mantenía a raya: gusanos, detractores, sospechosos de confabulaciones con el enemigo, contrarrevolucionarios en gérmenes, agentes de la CIA, drogadictos, putas y otras inmoralidades que ni siquiera se atrevía a nombrar.

Sonreía satisfecho. Así que vouyere significaba ver y no bollo. Ver. Eso tenía que hacer. Solo ver. Ahora sí reuniría las pruebas. Ahora sí los llevaría a todos a juicio, a la cárcel y los expulsaría del edificio. Con buena suerte los expulsaría incluso del país. Ahora sí podría separar las hierbas buenas de las malas que crecían ocultas en la manigua que era Carragua.

Como que se llamaba Eduardo Cruz no permitiría la contaminación, ni germinación, ni proliferación de ideas raras, de modas extranjeras que se alojaban en las inocentes cabezas de los niños. Carragua quedaría, como quien dice, limpio.

Luego pensó que esta era una tarea titánica, pues con los binoculares aparecerían otros y otras sabandijas, gusanos encubiertos, oportunistas que solo disimulaban por conveniencia su disgusto. Esto le preocupaba en primer lugar: los gusanos encubiertos. Haría participar del plan a su gran amiga Carmita. Ella, revolucionaria como él de la vieja guardia, daría su apoyo, y juntos los desenmascararían. Él y Carmita, como en los viejos tiempos.

Recordó que a pesar de los muchos años de amistad, todavía no conocía íntimamente a Carmita. Desde la muerte del esposo ella se había vuelto menos comunicativa, incluso distante. Parecía que Carmita huía. A esto había que agregar su natural pudor y recato. Tuvo que doblegar durante veinte años, a fuerza de imponérselo, el amor que siempre le tuvo. Prefería la amistad que Carmita le regalaba a la pérdida. Prefería la burla a la soledad. Sus reflejos estaban condicionados a la voz de Carmita. Ella llamaba y él acudía desde cualquier rincón moviendo la cola. No le daba pudor. Carmita le había quitado todo, hasta el pudor. Ella lo echaba y él salía con el rabo entre las patas. Sabía que era un perro y lo agradecía. Temía incluso perder esta condición. Que lo echara las veces que quisiera, pero que le permitiera, por favor, seguir siendo su perro.

Una gran idea cruzó a la velocidad de una mosca por la cabeza blanca de Mosca Blanca. Una idea revolucionaria, si se tiene en cuenta que toda revolución es movimiento. Él crearía un movimiento.

Era tal su nerviosismo y excitación que puede afirmarse que una idea en la cabeza de una mosca, puede ser para muchos extremadamente extraña y dañina. Pero no para Eduardo Cruz que juraba, gozaba y maldecía, como que se llamaba Eduardo Cruz.

### III

Ahí llega mi amor vestida de blanco como una mariposa en el jardín. Revolotea. Revolotea. Mariposa mía. Canta conmigo mariposa. Y Mosca

Blanca cantaba tratando de afinar la voz: *Mariposita de primavera/ alma con alas del mes de abril/ dime que vives de mis quimeras/ dime que vives/ pues sufro mucho/ pues sufro mucho/ si no estás tú/ Cuando te vayas a otras regiones...*

Se inquietaba entonces al ver la pasividad de Carmita: ¿Por qué no cantas? ¿Qué haces mariposita? ¿En qué piensas? ¿Es que no piensas? Mi alma. Canta conmigo, mi alma. Y cantaba el albino su bolero preferido tomando los binoculares como micrófono: *Alma mía/ tremola y sola/ sin que nadie comprenda mi sufrimiento/ mi horrible padecer.*

Inesperadamente, Carmita comenzó a moverse como si bailara. Mosca Blanca, inquieto, movía las lentes que ya habían alcanzado su máxima precisión.

¿Qué haces? —casi gritaba—: ¿Es él? ¿Otra vez él? El. Siempre él. No tienes marido. Ya no querida. Por suerte murió. No tienes marido. Baila sola que no tienes marido.

Carmita seguía bailando con los brazos entrecruzados. No es, gritaba Mosca Blanca: Y si es, será un fantasma. Te quemaré, bruja, con todos sus retratos. Yo sé dónde los guardas.

Y de nuevo cantaba: *Y busca entre tus cartas amarillas mil recuerdos/ mil caricias/ y un amor que entre los dos se terminó...* Ah, Nino Bravo, ¡eres el mejor! Como tú sabes, Nino Bravo, él era mi amigo y yo a ella la amaba. Pero lo eligió a él. Y tú estabas siempre entre los tres, Nino Bravo. Siempre siempre. Tú conoces la historia, Nino Bravo.

Carmita seguía moviéndose con un pantalón de hombre entre las manos. Y Mosca Blanca murmuraba con rabia: ¿Su ropa? Perra. ¿Sus pantalones? ¿Todavía los lavas y planchas? ¿O no? ¿Por qué mariposita? Como si viviera. Siempre él. Siempre él. ¿Qué hace? No escucho. ¿Te habla? ¿Qué dice? ¿Qué? ¿Te habla? ¿Qué puede decir un cadáver, amor mío? Si yo estoy vivo. Vivito y coleando. Coleando, ¿me oyes?

Mientras tanto Carmita se frotaba con el pantalón. Mosca Blanca hizo entonces un ademán. Él era un caballero y ahora la invitaba: ¿Bailas mariposita? ¿Bailan? ¿Por qué con él, si yo estoy vivo, mariposita? No está contigo. Nino Bravo, mienten. Como siempre. ¿Qué te dice? ¿Al oído? ¿Qué hacen?

De repente Carmita se arrancó la blusa. Mosca gritó: la blusa no, alma mía. ¡¡Las tetas, no!! No puedo verte. No puedo. Mejor canta. Y Mosca Blanca empezó a cantar su bolero preferido: *Si yo encontrara un alma como la mía/ cuántas cosas secretas le contaría/ un alma que al mirarme sin decir nada/ me lo dijese todo con su mirada.*

Ella se movía melódicamente con las tetas al aire. Y él, presa del éxtasis, exclamaba: ¡Ah, qué hermosos pechos caídos! Mi amor, qué hermosa derrota! Si fueran míos los chuparía. ¡Me babeo! ¡Me babeo! Una de las maravillas del mundo: ¡Los jardines colgantes de Babilonia, amor mío!

Inesperadamente, Carmita se tiró en la cama. Mosca Blanca palideció. Murmuraba con voz entrecortada por la emoción: Esto sí que no. No te revuelques con él, mariposita. Los voy a matar. Depravada. Depravada. Mariposita. ¿Qué son esas estrellitas? Dime, amor mío, ¿qué son? Ábrela, ábrela para mí, mariposita. Qué hermosa cueva despoblada, amor mío! ¡Qué depravación! ¡Y yo que te creía pura! ¡Y yo que te creía casta! Y santa. ¿No es cierto, Nino Bravo? ¡Tantos años respetándote para qué! ¡Tantos años! ¡Tantos años! ¡Maldita seas! ¡Maldito sea! ¡Infeliz de mí!

Carmita se palpaba los pezones negros y arrugados mientras se meneaba. Ahora el albino gritaba: ¿Entra? ¿Puede él? ¿Puede un cadáver por depravado, por macho que sea, entrar?

Mosca Blanca, a punto de un ataque de nervios, introdujo los artríticos dedos en el cierre del pantalón y extrajo con dificultad el colgajo, la palanca maltrecha, e invocó la ayuda de todos los santos para recuperar la habilidad y la potencia de su juventud. Pero todo esfuerzo fue en vano.

El albino tuvo entonces una noche de absoluta tristeza.



## EL CARPINTERO

### I

Daniel Urrutia tenía un hobby: robaba madera. Era conocido en el barrio como el carpintero. Los vecinos lo escuchaban a altas horas de la noche clavar y clavar.

Nadie sabía qué clavaba, pues a pesar de los numerosos intentos frustrados, ninguno —y se habían turnado para intentarlo—, había logrado traspasar el umbral de su casa. Circulaba el rumor de una paranoia avanzada. Otros, los que más lo apreciaban, argumentaban que simplemente era un cleptómano. Y a pesar de que era el blanco de las murmuraciones y chistes en casi todas las reuniones, fiestas y velorios en veinte cuadras a la redonda; él se mantenía ajeno, distante.

La cleptomanía le había agarrado un día de golpe. Caminaba por un edificio en remodelación cuando un impulso desconocido para él, que era muy respetuoso con lo ajeno, lo llevó a sustraer una tabla de hermoso roble.

Daniel Urrutia se preguntó para qué necesitaba aquel pedazo de madera. Le irritaba mucho no poder controlar el repentino apego que empezaba a tomarle a las cosas. Sobre todo si estas eran inservibles, como era evidente en aquel trozo de desecho.

Durante varios días anduvo cambiando de lugar la tabla: del ropero a la sala. De la sala al escritorio. Del escritorio al ropero. Hasta que llegó a la conclusión de que con una sola de estas piezas no podía realizar nada. Así que al día siguiente esperó hasta que el último obrero se retirara de la obra.

Caminó despacio por el edificio como si se tratara solo de un paseo.

Tenía preparada la respuesta. Si alguien le preguntaba qué andaba haciendo por allí, solo diría: me gusta este lugar, estoy menos solo que en mi casa.

A nadie sorprendería este argumento tan simple, tan falto de imaginación, pues sabía que todos le tenían lástima. Pero a él no le incomodaba la piedad de los otros. Es más: le había encontrado el gusto. Era muy conveniente ser la víctima. Si nunca había sacado provecho de ello era solo por pereza. Porque, hasta para hacer de víctima, se precisaba cierta constancia. Había que tener mucha hemoglobina en la sangre, y él era anémico por naturaleza. No podía ser perseverante ni en la abulia. Se sabía, a pesar de esta ventaja sobre el resto de los vecinos, inofensivo.

Pero ahora, después de años en la penumbra, se encontraba escarbando entre los desechos, inexplicablemente motivado. Luego de un paneo rápido de reconocimiento del lugar, sustrajo la segunda tablita: esta vez una hermosa caoba.

Se entretuvo algunos días cambiándola de lugar hasta que llegó a la misma conclusión: una tablita de roble y otra de caoba no sirven para nada.

Entonces llegó con la tercera y con la cuarta. Y en un par de semanas ya había llenado la casa de trozos de madera de todas las variedades y tamaños.

Los vecinos comenzaron a preocuparse, y por unanimidad, en una reunión convocada específicamente para tratar el tema, acordaron:

Primero: Que era un acto inofensivo pues solo sustruía pedazos de madera desechados por los obreros de la construcción.

Segundo: Que el pobre había quedado dañado psicológicamente, luego de la muerte abrupta de los padres.

Tercero: Que había que protegerlo, en honor a su madre, que había sido una gran activista revolucionaria.

Cuarto: Que había vivido en Carragua desde su nacimiento; por tanto los vecinos eran su única familia.

Quinto: Que por los motivos anteriores debía disculparse por esto y por no asistir nunca a las reuniones de vecinos.

De esta manera el asunto quedó cerrado satisfactoriamente para Daniel Urrutia, quien continuaba su rutina al margen de estos comentarios.

## II

No había dormido bien. Así que contrariamente a lo acostumbrado, se levantó casi al amanecer. Todavía medio inconsciente recordó el fa-

moso refrán: «A quien madruga, Dios lo ayuda». Esperaba, si cumplía a cabalidad con el refrán, que este fuera su día de suerte. Tal vez si llegaba antes que los obreros podría encontrar, a la luz del día, mejores trozos de madera.

Además de robar madera, Daniel Urrutia tenía otra costumbre: hablaba solo. Comentaba en voz alta las ideas con el único propósito de escucharse. Tenía que verbalizar las malas ideas para poder retener en la memoria las buenas. El cerebro no podía albergarlas todas. Si venía al caso, se reía solo. Como cualquier persona sola. Y, a veces, de puro aburrimiento, hablaba también con las paredes.

Vivía en una vieja casa colonial de puntales altos. Altísimos. La casa por dentro parecía deshabitada. Por mucho que se esforzaba, no lograba cubrir de adornos la totalidad de los espacios vacíos. Estos espacios vacíos eran como sus propias lagunas mentales. Daniel Urrutia intentaba llenarlos mirando para arriba, como si de arriba pudiera venir la solución.

Podía quedarse, de pronto, en mitad de una frase, sin recordar qué estaba diciendo un segundo atrás.

A pesar de que todavía era joven, con frecuencia olvidaba dónde ponía esto o aquello. Y ni hablar de los nombres de las personas con las que a veces por formalismo cruzaba alguna palabra.

La costumbre de mirar para arriba que lo había hecho famoso en el vecindario, antes de su nueva costumbre de robar madera, le había quedado incluso cuando caminaba por la calle. Daba la impresión de que miraba a todos por encima del hombro. Pero él no se sentía superior ni inferior. En realidad, no se sentía. Cada persona que pasaba por su lado era solo eso, ni más ni menos que él: un vegetal.

—¿Quién puede desear a un vegetal? —pensaba en voz alta cuando salió a la calle.

Como los obreros no habían llegado aún, saltó por entre el montón de escombros. Tenía miedo de tropezar y caerse, pues no sabía si mirar para arriba como su cuello erguido le indicaba, o mirar para abajo como le indicaban los montones de piedras apiladas.

Entonces tropezó con Valentina Morera.

—Bruto —atacó ella empujándolo con brusquedad.

El se quedó mudo. Ensimismado y varado. Parado como una estaca clavada en la tierra. No se atrevía ni a mirarla. Era tal su torpeza. Las personas solitarias no saben cómo comportarse en sociedad, aunque esta sociedad transcurra entre escombros, pensaba angustiado.

—¿No miras por donde caminas? —agredió ella nuevamente.

Tampoco tuvo tiempo esta vez de contestar los ataques. Una paloma increíblemente roja bajó y se posó en el hombro de la muchacha. La paloma se acomodó.

—Estropeaste un día entero de trabajo —continuó Valentina sin piedad. Volviendo el rostro hacia la paloma dijo—: Ella es Celia.

—¿No eres tú la que vive enfrente? —se atrevió a preguntar él—. Perdona, olvidé tu nombre.

Lo miró con sorna y dijo muy despacio:

—Serías la única persona que no sabe mi nombre. Todos saben todo. De ti y de mí. —Y agregó—: Eres un bicho raro, te hemos visto —y buscó con la mirada la complicidad de Celia.

Juraba que la paloma había asentido. Y otra vez no sabía si mirar para arriba como su cuello erguido le indicaba, o mirar para abajo como le indicaban las piedras apiladas.

Se armó de fuerzas. Tenía que intentarlo. Era imperioso preguntar:

—¿Te gustan los vegetales?

Valentina Morera dejó escapar una sonrisa. De golpe, parecía más amable. Respondió con otra pregunta:

—¿*Vegetatio felatio*?

No sabía con certeza cuál era el juego de ella, pero igual dijo:

—*Vegetatio felatio*.

Un ruido sordo de metales llegó hasta ellos. Celia, asustada, levantó el vuelo. Permanecía en el aire, esperando la orden. Y otra vez Daniel Urrutia no sabía si mirar para arriba como su cuello erguido le indicaba, o mirar para abajo.

Inesperadamente Valentina se dio vuelta ignorándolo. Hizo un gesto con la mano y ordenó a la paloma:

—Vamos a casa.

Creyó que Celia se burlaba cuando también decidió darle la espalda.